

Fascismo, antifascismo y capitalismo

¿De qué sirve decir la verdad sobre el fascismo que se condena sino se dice nada contra el capitalismo que lo genera?

Bertol Brecht

Incómodos entre los compañeros libertarios en su afirmación antifascista, queremos situar el manejo de estas dos palabras, de estas dos realidades. Las notas que a continuación apuntamos no pretenden zanjar una cuestión sino situar esta doble relación fascismo - antifascismo, ya sea en el plano histórico, ya sea en la realidad actual. Nuestra afirmación anticapitalista no pretende desvalorar la lucha concreta que se da en la respuesta a la provocación de estos grupos facciosos, sino considerar que solo la lucha anticapitalista puede oponerse al fascismo y que el engaño del antifascismo consiste en el abandono de la perspectiva revolucionaria.

El capitalismo es una relación social que impone el modo de producción de mercancías. El fascismo es una cuestión política de Estados. La forma fascista y la forma democrática son ambas moldeadas por el capital. El antifascismo es un movimiento político contrario al fascismo asociado a la resistencia en los países europeos, punto de unión de distintas fuerzas políticas. Los movimientos de resistencia a la ocupación nazi fueron antifascistas.

El problema del antifascismo es que ha desarmado intelectualmente a la izquierda hasta perder la perspectiva del carácter capitalista del fascismo induciendo una ideología y unas prácticas antifascistas, frentepopulistas e interclasistas dentro del horizonte del orden democrático burgués. Al dar prevalencia a la ideología burguesa democrática, la relación de clase que es el capital queda desvanecida por la relación formal de la política como representación meramente ideológica: antifascismo, democracia.

Wilhelm Reich (1897-1957), como tantos otros, se preguntaba en 1933 tras haber alcanzado Hitler el poder, cómo hubiera sido posible que la misma población que dos décadas antes había estado a punto de dar un vuelco revolucionario, ahora se inclinara por una extrema derecha nacionalista. Reich anotaba que *“la política marxista no había tenido en cuenta en su práctica política la estructura caracteriológica de las masas y los efectos sociales del misticismo”*, para añadir que en el ser humano existen otras instancias psíquicas y emocionales que escapan a las teorías mecanicistas superficiales a que habían sido reducidos muchos estudios marxistas. Máxime, cuando se afirma que *“ideología”* y *“conciencia”* de los humanos están únicamente determinadas por la categoría de lo económico. Reich no contradice ni corrige a Marx por cuanto este ya había afirmado que *“todas las circunstancias que afectan al hombre, lo condicionan”*, lo cual implica que tanto los procesos de producción como los aspectos más personales y privativos de la vida impulsiva entran en la esfera de sus estudios.

Entre el s. XVIII y el s. XIX, pensadores como Herder, Hegel y Fichte pusieron las bases ideológicas al nacionalismo el cual contiene siempre

elementos de exclusión. Propusieron el concepto de *comunidad nacional* que ya incluía elementos biológicos que sustentaban el *alma colectiva*. Le Bon dice que cuando las personas se constituyen en masas, su comportamiento varía respecto a su individualidad; el nazismo cultivó y aprovechó una cultura de masas en contra de la del individuo y de las pequeñas y medianas sociedades. Además entró en el delirio de la teoría de los pueblos superiores y elegidos, con derecho a expandirse a través de las conquistas.

Las marchas y concentraciones de masas frente a sus caudillos expresan la dilución de la personalidad de cada ciudadano en una turba que, en su paroxismo, se ofrece a dar su propia vida por la de su ídolo. El poeta Salvador Espriu así lo expresó: “*A veces es necesario y forzoso // que un hombre muera por un pueblo, // pero nunca ha de morir todo un pueblo // por un solo hombre.*”

El nazismo aprovechó el profundo antisemitismo de Wagner expuesto en numerosos escritos suyos y en óperas como *Los maestros cantores de Núremberg* o *Parsifal*.

El fascismo afirma que los problemas del capital se resuelven con autoritarismo el cual viene legitimado por el amor a la nación, la patria; de aquí la necesidad explícita de un personaje, reconocido por una mayoría, que tome la dirección del pueblo o nación.

La tradición del antifascismo revolucionario arranca con la corriente antiestatal de la 1ª Internacional, sigue con R. Luxemburgo y los espartaquistas, los comunistas de los consejos obreros (la oposición germano-holandesa a la III Internacional tildada por Lenin de «infantil») y las corrientes autónomas del movimiento obrero de posguerra. Es decir, el antifascismo revolucionario, radical, anticapitalista, etc., se arraiga dentro de una tradición en que el combate por la transformación social no rae en el sistema de representación política (parlamento e instituciones) ni en la propuesta de una administración diferente al sistema capitalista, cuya radicalidad consiste en una gestión del estado y de la relación de reproducción social que es el capital, más racional y equitativa.

El fascismo tiene una mirada retrospectiva que arrastra connotaciones melancólicas, de añoranza de lo que fueron tiempos pasados, cuando la patria era una entidad poderosa con una *misión trascendente*. La conquista de nuevos territorios forma también parte de su ideario doctrinal; así. Mussolini invocaba el imperio de Roma, saliendo a la conquista de nuevas tierras en África (Abisinia). Hitler, tenía la ambición de recuperar los territorios de habla alemana del siglo IX y que habían formado el Sacro Imperio Romano-germánico bajo la dirección de un emperador, sin olvidar la pérdida de los territorios de Alsacia y Lorena al final de la Primera Guerra Mundial, que sirvió para exacerbar el ánimo revanchista del nazismo, en tanto Franco invocaba los tiempos gloriosos y expansionistas del imperio español: Flandes, las Américas, Filipinas y África: *La unidad de destino en lo universal*, frase de contenido vacío, ideológica pero de intencionalidad totalitaria: unidad –exclusión de cualquier opción que se aparte del nacional capitalismo– de todos los españoles bajo su mando único; la supeditación del individuo al ideal nacional y el sacrificio de las masas por el bien de la patria, es el grito que se propaga, impone y cala.

En realidad, sin embargo, la *Patria* es el encumbramiento, la coartada

creída o no por sus mentores, para imponer la ideología que justifica los nacionalismos con sus muros y alambradas hasta alcanzar las xenofobias más o menos disimuladas a fin de preservar las supuestas identidades nacionales, así como la fortaleza de su economía, siempre, de un modo u otro, capitalista.

En Catalunya, desde el primer tercio del siglo XIX, surgió el movimiento cultural de *La Renaixença* que pivotaba sobre los conceptos de recuperación de la lengua, la cultura en general y la patria; la burguesía culta atizada por la revolución industrial, fue la que más contribuyó a su nacimiento y expansión; esta corriente, con los conceptos de lengua y patria tuvo mucho que ver con el romanticismo alemán de Herder en el que se reivindicaba un pasado glorioso durante la formación de las diferentes naciones europeas en la Edad Media.

En abril de 1901 surgió, por una serie de fusiones, la *Lliga Regionalista*, partido político conservador y monárquico catalán con el fin de luchar por la autonomía catalana en el seno del Estado español. El movimiento tuvo su continuidad en los años 20 con las corrientes del modernismo auspiciado por la burguesía catalana culta; el modernismo iba de la mano del catalanismo de carácter conservador y derechista cohesionado con la *Lliga*, la cual ofrecía mecenazgo a los artistas al igual que lo hacían algunas grandes fortunas derivadas, especialmente, de negocios coloniales (Güell, López, Más...). El arte pasó a tener un valor decorativo intrascendente que servía –y sirve– para satisfacer necesidades de ostentación de clase. La *Lliga* consiguió parcelas de poder y autogobierno (Prat de la Riba, el obispo Torras, Cambó...). Un abismo la separó del creciente movimiento obrero que también incrementaba su propia cultura a través de una riquísima prensa y literatura propias, escuelas, ateneos, asociacionismo, corales y de las mismas luchas sociales.

Estat Català, partido independentista de centro derechas, nació en 1922 de manos de Francesc Macià, Daniel Cardona y otros; para ellos, la monarquía era el principal obstáculo para conseguir la independencia. Por ello el grupo insurreccional *Bandera Negra*, sección secreta y armada de *Estat Català*, decidió atentar contra Alfonso XIII en 1925. Una parte significativa de este catalanismo sintió admiración por el ideario y el activismo de los *fascios* de la Italia de Mussolini e incluso por el creciente fervor del pueblo alemán hacia Hitler; en 1933, un *escamot d'Estat Català* desfilaría en Montjuïc, ataviados a la usanza militar de los camisas negras y fascios.

Durante la II República (1931) resurgió el catalanismo de la mano de Macià (ERC) y surgieron las JEREC (Joventuts d'Esquerra Republicana) las que dieron muchas muestras de sus simpatías por las ultraderechas europeas que crecían día a día. Aquél año surgió también la agrupación político armada *Nosaltres Sols!*

En junio de 1935, *Nosaltres Sols!* elaboró un memorándum que entregó al Ministerio de Propaganda del III Reich, contemplando las posibles ventajas mutuas que surgirían de una colaboración efectiva entre Alemania y el separatismo catalán.

En junio del 1936, *Nosaltres Sols!* se integró dentro de *Estat Català*; finalizada la guerra española, militantes de *Nosaltres Sols!* y otros de *Estat Català* se sumaron a la creación del *Front Nacional de Catalunya* (FNC).

Los cenetistas fueron la bestia negra para Josep Dencás, Conseller de Governació, y para los hermanos Badía, admiradores del *Sinn Féin* irlandés y responsables de la tortura y muerte de militantes anarquistas. Dencás buscó la ayuda de Mussolini para la emancipación de Catalunya. Miquel Badía, uno de los hermanos, fue secretario de Orden Público de la Generalitat y organizó unas milicias paramilitares en 1934 llamadas *escamots*.

El sistema económico capitalista, ¿es el mismo, coincide con el de los países con gobiernos fascistas o nazis? En sus líneas maestras, no hay diferencias importantes que los distingan; el fascismo no tiene un concepto coherente y mantiene la carencia de un sistema económico rígido; el bienestar y la riqueza de la nación y por ende de la ciudadanía, llegarán cuando aquéllos alcancen el nivel de la cultura y la espiritualidad que había tenido en *tiempos perdidos*.

Señalamos las principales características, rasgos, que los fascismos han mostrado durante los años que han ejercido su poder. Sus gobiernos respetaron la propiedad privada, ejerciendo un control sobre ella pero sin nacionalizarla. De manera parecida actuaron sobre las grandes empresas, si bien las orientaron a producir según lo que consideraban que eran necesidades de la nación, de manera que las grandes familias como los Krupp o los Thyssen en Alemania, los March o Goicoechea en España o los grandes hacendistas e industriales de Italia, gozaban de favores y privilegios inusuales.

El militarismo era uno de los rasgos de estos regímenes totalitarios, de manera que la producción siderúrgica y la posterior armamentística gozaban de presupuestos extraordinarios; las plantillas de sus empresas absorbían gran cantidad de obreros.

El odio hacia los partidos y organizaciones obreras: éstas eran vistas como enemigas y traidoras a los regímenes totalitarios: *“Nunca me alejaré de la tarea de erradicar de Alemania el marxismo y sus fenómenos colaterales, y nunca estaré dispuesto a transigir en este sentido”*, (Hitler, 1933). De manera parecida, para Franco los enemigos de España urdieron *“una conspiración masónica izquierdista en contubernio con la subversión comunista-terrorista en lo social”*.

Desde la perspectiva económica, el fascismo también puede entenderse como una consecuencia de las crisis del capital en el intento de éste para solventar sus coyunturas críticas; sin resolver sus contradicciones internas, crea una situación social y política altamente represiva cuyo ideario es asumido totalmente de manera violenta por el Estado, llegando a establecer una economía de guerra y destruyendo toda organización obrera de carácter socializante.

Los fascismos han rechazado por una parte a los socialismos y por otra al capitalismo liberal. Aquéllos han aparecido defendiendo el corporativismo y la colaboración de clases; han rechazado el comunismo y exaltado el papel del Estado como mediador entre las clases sociales antagónicas.

El movimiento nacional-socialista (1928 - 1942) se apoyaba en las clases medias (empleados, funcionarios, pequeños comerciantes y pequeños campesinos), es decir es un movimiento pequeño burgués; la pequeña burguesía fascista es idéntica a la pequeña burguesía liberal, solo cambian

las épocas. La rebelión de las clases medias muestra cómo el fascismo no era otra cosa que la guardia política de la alta burguesía y con esto deja caer su máscara anticapitalista.

El 36 español brinda el escenario donde plantear esta cuestión del antifascismo. Companys, presidente de la Generalitat, convoca a los partidos que aplastaron en la calle al ejército insurrecto para ofrecerles el poder. Ganada por el pueblo la guerra en 32 horas ¿era para los revolucionarios la tarea más adecuada organizar el Comité Central de Milicias Antifascista (CCMA), juntando en la misma lucha a cenetistas y burgueses? Ya no serán enemigos sino aliados. La revolución será aplazada. La gente en la calle ha vencido al ejército faccioso pero una revolución se tiene que ganar en el terreno social y no solo en el terreno militar. La guerra contra el ejército fascista impuso la ideología de la unidad antifascista. La guerra no se plantea como una guerra de clase contra clase sino como una guerra entre el Estado de la burguesía fascista y el Estado de la burguesía democrática.

Visto todo esto, ¿Vale la pena dar más espacio, hacer más visible a estos grupos reaccionarios aunque sea hablando en su contra? ¿No es darles la importancia que no tienen? El antifascismo, ¿puede oponerse, en última instancia, al fascismo o es esto un engaño? ¿No significa esto abandonar la primacía de la cuestión social, abandonar la perspectiva revolucionaria?

Aun cuando fuera extinguido todo simbolismo, expresión y consigna fascista, el capitalismo seguiría íntegramente ejerciendo su dominación, es decir, devastando el planeta, apropiándose de los excedentes del trabajo y expropiando todo aquello que nos pertenece y nos es común, manteniendo, además, la paranoia de que las guerras y su industria son la garantía de seguridad para la humanidad. No existe un capitalismo de *rostro humano* como socialistas y neoliberales pretenden. Solo poniendo fin a este sistema depredador que convierte nuestras relaciones sociales en mercantiles se puede acabar con el capitalismo y los fascismos.